

VIOLETAS

SOBRE EL SEPULCRO DE

FERNAN-CABALLERO

ORIGINALES POR U. S. DE S. M.

*Zuch was werthios mag man bieten,
Nur Griefter ohne Mieten.*

Et. AUTOR.

CUADERNO TERCERO

TIPOGRAFIA
DE LOS SEÑOS. IZQUIERDO Y COMP.^ª
Plancos núm.º 60 y 62.

Sevilla. 1893

3000

22cm

ANT-XIX-1387/7

R-90649



VIOLETAS

SOBRE EL SEPULCRO DE

FERNAN-CABALLERO



ORIGINALES

POR

U. S. DE S. M.

CUADERNO TERCERO

SEVILLA

Librería é Imprenta de Izquierdo y Comp.

FRANCOS NUMS. 60 Y 62.

1892

VIOLETAS

RENAUD CARPENTIER

ES PROPIEDAD.

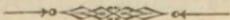
DE S. M.

RENAUD CARPENTIER

1899



CUENTO POPULAR



Cuantos vienen tantos caben.
Haz bien y no mires á quien.

HRASE un sastre de aldea, jugador perdido, entrapado siempre con medio pueblo y viviendo entre continuos apuros en una mezquina choza á la entrada misma de aquella.

Quiso el Señor probar la caridad de este pecador, y mandó un día á San Pedro, que le visitase y pidiera albergue y hospitalidad para dos. Habiéndolo hecho así el Príncipe de los Apóstoles, brindóle en el acto nuestro sastre con su humilde vivienda y lo poco que en ella podía ofrecer, disculpándose no correspondía á sus buenos deseos su aflojado y tísico bolsillo y que si mucha era su voluntad

pocos eran tambien los cuartos., Señores, añadió con la mayor franqueza y amabilidad, doy las gracias á Dios, que me visita con mandarme huéspedes, vengan ustedes á honrar esta su mísera é indigna choza; no hay más que una mala cama, la compartiremos así como el pedazo de pan que hubiere.

Fuese San Pedro á dar cuenta del resultado de su mision: mas héte aquí que en lugar de los *dos*, que habia anunciado, se presentaron á nuestro sastre *doce*. Este en vez de amostazarse: "*cuántos vienen tantos caben*," exclamó alegremente, "arreglaos, Caballeros, del mejor modo que podais: ahí está choza, cama y el poco pan duro y negro que hay, todo á la disposicion de ustedes: que yo pronto estoy á pasar una noche toledana.,"

Acomodáronse como pudieron y *amaneciendo Dios*, como dice el pueblo de por aquí en Andalucía, quiso recompensar San Pedro la generosidad del pobre sastre. Llamóle y "vaya, maestro, le dijo, ha cumplido usted perfectamente con el refran que dice: *haz bien y no mires á quien*, pero Dios á veces recompensa en el acto las buenas acciones, yo puedo algo con El y alcanzaré para usted el cumplimiento de los tres deseos que V. me manifeste.,"

"Dios se lo pague á Vd., Señor, contestó el maestro, que me favorezca ó no con cumplirme mis sencillos deseos, cuente V. siempre con esta su pobre cabaña y su indigno y humilde servidor, que la habita, si bien en verdad no me vendría del todo mal ver realizadas tres cositas, cuya concesion apetecería de todo corazon.,"

"Veamos,," interrumpió el Príncipe de los Apóstoles la verbosidad del sastre, "¿cuáles son?,",

— En primer lugar y sobre todo, quisiera cuando me muera alcanzar el cielo.

—Concedido.

—En segundo lugar, que no perdiere nunca en el juego de naipes al que soy algo aficionado.

—Tambien se te ha de cumplir este deseo.

¿Qué más?

—Tercero: tengo ahí detrás de la choza una higuera y gustaría de que nadie que á ella subiese pudiera volver á bajar hasta darle yo licencia.

—Corriente.

Fuése San Pedro y los demás dejando muy contento al pobre maestro sastre, el cual no tardó en probar por medio de las cartas la eficacia del poder y de las promesas de su huesped.

Y mientras más jugaba más ganaba.

Asustado de tanta suerte, que llegó al fin á hastiarle y cansarle, jugaba menos cada día y llegó á aborrecer todo juego de azar y los malditos naipes. No abusó pues de la fortuna y si bien descansaba la aguja y vivió con desahogo muchísimos años hasta alcanzar longevidad casi patriarcal, nunca quiso dejar su humilde cabaña, aunque se permitió arreglarla con alguna comodidad. Se encontraba á gusto en la pobre morada, santificada un dia por tan poderosos é ilustres huéspedes.

Por fin se le presentó la muerte que venía por él, no terrible como á veces á la juventud, sino pacífica y amiga leal de los ancianos encanecidos y rendidos en las luchas y trabajos de la mísera vida. Mas como en todos casi queda siempre algun apego á la vida por dulce que se presente la

muerte, "estoy á tus órdenes, dijo con aplomo el listo sastre; pero como el camino no será tan corto y á mí ya me falta agilidad, hazme el favor de subirme á esa higuera y de co-ger unos higos para el avío.,"

"En seguida,, observó complaciéndole la muerte, subió trepando al árbol y así que hubo cogido fruto bastante á su parecer para que pudieran ambos distraer siquiera el hambre en el camino para la eternidad, quiso bajar y no pudo, porque no le dió maldita la gana al gran cuco del maestro de otorgarle su permiso.

Con el terrible sastre no valían ni las súplicas ni las amenazas.

Apurada y presa se vió la muerte y tenía allí el maestro durante ocho largos años. ¡Ocho años! y sin morir nadie en el mundo durante todo este tiempo, ni siquiera los malos, que debían haber muerto, como el vecino del maestro. Era ese un Escribano, picapleitos, astuto y sin conciencia, que tenía enredado á medio pueblo y echado á presidio á muchos pobres é inocentes y sacado libres á los mayores bribones mediante buenas remuneraciones en metálico.—Y á pesar de estos crímenes públicos y otros muchos ocultos y de una enfermedad que hace tiempo le aquejaba, vivía,—en castigo para la humanidad—burlando la ciencia ó ignorancia de los médicos todos, que le habían desauciado,—vivía á merced de la prision de la muerte en aquella higuera.

Por fin el sastre se cansó tambien de permanecer más tiempo y tan viejo en este mísero mundo, y aun con más motivo sobre todo teniendo, como lo tenía, el cielo seguro.

Espantóse empero su alma caritativa al pensar en la tremenda suerte que esperaría al Escribano y pidió á Dios que recordara al buen ladron en la Cruz y concediera á aquel infeliz una perfecta contricion y que se confesara bien siquiera en la última y terrible hora.

Cuando le pareció, pues, llegado el momento de las misericordias del Señor para el alma de aquel pobre pecador, dijo un dia á la muerte:

“Mira, te daré la libertad y la licencia para bajar, empero con la expresa condicion de que te comprometas solemnemente, que me has de llevar en el acto, pero no á mí solo sino que vaya *acompañado*.”

“Convenido,„ apresuróse á exclamar gozosa la muerte; “estoy pronta á ir por *tu* vecino el escribano, si no mandas otra cosa.„

“Que me place,„ replicó el maestro.

Apenas habían emprendido el viage último y más tremendo, cuando una legion de demonios cargó sobre el alma del infeliz escribano arrastrándolo consigo y alejándose á toda prisa para llevárselo á los profundos infiernos. Pero con más prisa aún les gritó el sastre: “Ola, Señores, alto ahí y poco á poco, ¿quereis jugar el alma de mi compañero contra la mia? ¿A ver si sois guapos y os atreveis?„

Paráronse á esta proposicion los espíritus del abismo, y ofendidos en su orgullo: “¡Atrevernos! que pobrecito más tonto,„ soltaron la carcajada que parecía el bramido de los leones hambrientos en el desierto, el “Quos ego,„ que el Rey lanza á los demás animales, para que huyan, ó el ruido siniestro y fatídico de los ciclones, uracanes, truenos y terremotos.

Declararon sin vacilar, que "sí,, admitían, muy confiados en que, como maestros tan consumados en el juego, que eran, en un abrir y cerrar los ojos cargarían con el alma ligera del sastre á la par que con la pesada del escribano para las llamas eternas.

Los pobres diablos habían hecho por esta vez, como gracias á Dios tambien algunas otras les sucede, la cuenta sin la huésped, que era en nuestro caso la promesa de San Pedro y la infalibilidad en cuanto á la destreza del sastre.

Lleváronse pues un soberbio chasco; el sastre que no podía perder, les ganó en un volver la mano el alma del escribano y los demonios llenos de rabia se precipitaron al infierno.

"Ahora sí, precísate ser muy avisado y listo,, insistió el de la aguja para con el de la pluma; agárrate bien á mi pierna y cuidadito con no soltarme ni un momento ni por nada, hasta que estemos seguros dentro del Cielo: ya te advertiré.,

En esto llegaron á la puerta, llamó el maestro, asomóse San Pedro, reconocióle al punto, le dio la enhorabuena y abrió.

Mas al aparecer la cabeza del escribano y este agarrado á las flacas pantorrillas del sastre, San Pedro interpuso redonda y secamente su breve *veto* y poniendo la siniestra mano sobre el pecador, que se estremecía, y levantando como en son de amenaza y con sublime majestad las llaves en la diestra: "Alto ahí, amiguito, exclamó con voz solemne, esto no puede ser de ningun modo. Si es que te escapas de los profundos infiernos, te caerán á lo

menos algunos millones de años de purgatorio. Así no se entra en la gloria sin más ni menos.,,

“No me sueltes.,” dijo por lo bajo el maestro al escriba y éste agarra que te agarra.

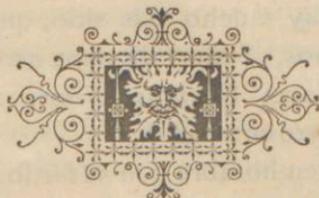
Y negándose San Pedro y porfiando el maestro. “Señor, suplicó entonces humildemente éste al Santo, cumpla usted también ahora como yo con ustedes y “haz bien y no mires á quién.,”

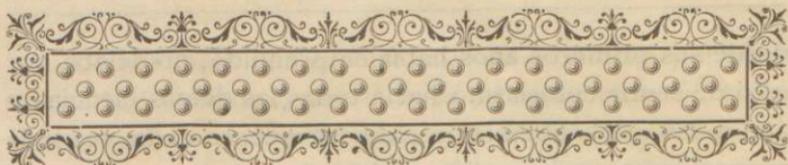
Mas queriendo persistir en su absoluta negativa el Príncipe de los Apóstoles impacientóse nuestro buen sastre y:

“¿Cómo que nó?.,” insistió con más firmeza, afán y con angustiosa súplica, “no faltaba más, Señor; V. vino á pedirme hospitalidad para *dos* y se colaron ustedes *doce* y os recibí con tan buena voluntad; y ahora que no llegamos más que *dos* no quiere V. que pase mi pobre compañero. Y esto que aquí hay mucho más sitio, que había en mi mísera choza. Vamos, Señor, dignaos acordar que os dije al recibir á los doce: *Cuantos vienen tantos caben*. Eal ¿verdad que lo entro conmigo?.,”

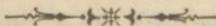
Y entró el buen hombre con su fardo á cuestras, puesto que San Pedro ya no resistió á tantas súplicas, como dictaba al sastre su amor al prógimo y al murmurar también el mísero escribano y pecador: “*Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*,,” iluminó una celestial sonrisa su rostro y fijando sobre ambos sus miradas benévolas para el uno y compasivas para el otro, no resistió ya á la entrada de los dos, protector y protegido, y dando una palmada cariñosa sobre la mejilla al dichoso y contento maestro sastre:

“Vamos, le consoló, te concedí en la tierra tres deseos, y no me comprometí á concederte ningun cuarto ni allí en aquel mundo perecedero ni aquí en el eterno. Pero tu caridad venció, hágase como deseas y pides con tanto amor y afan y cúmplase excepcionalmente en este caso otra vez tú: *Cuantos vienen tantos caben.*”





COSAS CURIOSAS



I.

Ni son artículos de fe ni cuentos de vieja.

CONVERSANDO un día en H. y en el verano de 1851 con el célebre Jesuita P. Roh (q. s. g. h.) sobre casos extraordinarios y dignos de ser conocidos; despues de haber suministrado ya cada uno su contingente, aquel me comunicó la notable conversion del Sr. de K. protestante y distinguido oficial del ejército prusiano, un cumplido caballero nacido de antigua y noble familia, de costumbres austeras y, no obstante sus ideas anticatólicas, de una moralidad natural á toda prueba.

Aunque con decidida aficion á la carrera militar, que

desde sus primeros años había emprendido, no dejaba por esto de sentir entusiasmo hacia todas las demás ciencias y aún á las artes liberales y para enriquecer cada vez más su inteligencia solía verificar viajes á naciones extranjeras, cada vez que lograba obtener licencia para ello.

En una de estas excursiones visitó la Holanda en union de varios compañeros de armas. Hallándose una noche reunidos todos á los postres en el comedor de la fonda de una ciudad, cuyo nombre no recuerdo, uno de los más jóvenes, con intencion de sorprender en son de broma al Sr. K., manifestó que por medio de un camarero había mandado convidar para el the á una muchacha de vida alegre y extraordinaria belleza.

Ofendido en el rigor de sus opiniones y hábitos así como en su dignidad de oficial y pareciéndole una mofa de sus ideas este plan, pues siempre rehuía con el más escrupuloso afan la más leve sombra de diversion mundana y toda ocasion de pecado, se levantó declarando á sus compañeros con toda energía, que en el acto de presentarse aquella jóven él se retiraría á su cuarto, y que desde luego se separaría de ellos para seguir solo y por distinto camino su viaje. Mas antes que ellos pudiesen contestar abrióse la puerta y el camarero presentó á la anunciada. Y ¡oh asombro! visto sólo por el Sr. de K, detrás de aquella, apareció en traje de púlpito un sacerdote católico de rostro venerabilísimo é imponente majestad. Levantó el dedo índice hacia aquel jefe como en señal de amonestacion, y el caballero prusiano se impresionó y sobrecogió con esta actitud santa y grave de la vision, que él creía realmente un sacerdote romano hospedado en la fonda, que venía á salvarle de una compañía poco conveniente.

De pié como aún estaba, cojió su sombrero y fuése á su cuarto paseándose por él lleno de agitacion y sin saber cómo explicarse satisfactoriamente el caso. Decidióse entonces á tirar de la campanilla, y como al presentarse uno de la servidumbre aquel abrumaba y mareaba á éste con preguntas, de quién era un Sacerdote católico que en la fonda se hospedaba y en qué número vivía, contestó el dependiente que ni á la sazón había tal Sacerdote en la fonda, ni en los años que él llevaba de servicio en la casa recordaba jamás haber visto allí á un presbítero romano. Díjole, pues, para cerciorarse el Sr. de K., suplicáse al fondista hiciera el favor de subir á su habitacion; pero el amo confirmó lo mismo que el camarero había asegurado.

Perplejo, confuso y lleno de mil ansias y sentimientos contrarios no supo qué hacerse. Veía delante de sí continuamente ese rostro de Santo, que no le dejaba un momento de reposo. Era el oficial buen dibujante y despues de pasar algunas horas meditabundo sin encontrar clave alguna del enigma, tomó papel y lápiz de su cartera de viaje y trazó con segura mano las líneas de aquella simpática y distinguida fisonomía. Concluyó el retrato y mirándolo largo tiempo con cierta melancolía, como se fija la vista en la efigie de una persona querida, que con vivísimo interés se recuerda, guardólo por fin en su carpeta.

Partió de madrugada, pasaron los años y desesperó encontrar jamás la solucion deseada. En esto resolvió un dia hacer un viaje al imperio de Austria. Para su capital Viena llevaba cartas de recomendacion dirigidas á varias familias distinguidas y personajes católicos. Estas al encontrarse con un alma tan pura no podian menos de deplorar no

perteneciera á la Iglesia Santa. Reservándose, sin embargo, por prudencia y evitando la sospecha de querer *hacer prosélitos* evitaron toda clase de controversias para no aumentar la responsabilidad de nuestro Sr. de K., si conocida por él la verdad, no la abrazaba. Limitáronse, pues, á contestar á las innumerables preguntas de este caballero con la mayor brevedad posible. Mas él no daba punto de reposo á sus amigos, pidiéndoles unas veces le explicasen la santa Misa, otras los demás oficios divinos, ya el dogma, ya los Sacramentos, ora la autoridad pontificia; ó les suplicaba le acompañasen á alguna Iglesia para ver lo notable que encerrara. En todo esto no dejaría, por cierto, de representarse á su mente y en las tristes horas de la duda aquel dibujo de Holanda y aquella apostólica y conmovedora figura del que ya entonces le había parecido presbítero romano.

Corriendo así los días, en el menos pensado, despues de comer, salió de su fonda y sin direccion fija echó á "hacer tiempo," que diría un buen español, recorriendo calles y plazas y mirando á las tiendas y á los transeuntes. En esto acertó á pasar uno de sus amigos vieneses, y despues de darse un apretón de manos, preguntándose mutuamente por la salud, interrogó de K. á aquel dónde iba. —A la iglesia de los Padres Redentoristas, contestó el interpelado; quiero oír el sermón de uno de nuestros mejores y más virtuosos oradores sagrados. Excitó la curiosidad al de K. lo que acababa de oír, y preguntó si habia inconveniente en que asistiera él tambien, y habiéndole contestado el otro, que ninguno, cogió del brazo al amigo y fuéronse juntos al templo, donde á duras penas encontraron sitio

entre la numerosísima concurrencia, que todo lo tenía invadido hasta el acceso exterior, agrupándose en masa compacta á las puertas de la Iglesia gran muchedumbre de personas que no habían logrado entrar.

Apenas había subido al púlpito el orador, cuando fijando en él su mirada de K. abre desmesuradamente los ojos, sus facciones se contraen violentamente por el asombro, el terror y la esperanza; flaquean sus piernas, amenaza dar con su cuerpo en el suelo, y agarrándose á su amigo, que con los circunstantes aterrizado y compasivo trataba de socorrerle, exclama temblando: "¡Ay! por Dios, en el acto necesito hablar á este sacerdote." Era éste el Padre Hoibauer, y era esta la figura y el rostro dulce y santo que hacía algunos años apareciera un dia en el comedor de la fonda en los paises bajos.

Condujeron entre varios al agitado caballero fuera al aire libre, tratando de tranquilizarlo y haciéndole ver la imposibilidad de interrumpir el sermón, pero brindándole, acabado éste, facilitarle una entrevista. Ignoramos lo que en ella pasaría; lo cierto es que desde aquel dia el Padre H. instruyó al neófito en la sagrada doctrina católica y despues volvió á la fe de sus antepasados edificando á todos hasta su muerte con una vida santa y ejemplar."

Hasta aquí el P. Roh.

Diez años despues, en 1861, conocí en I., capital del Tirol, al Padre Maximiliano de K., llegando á tener mucha confianza con él y más tarde en Viena al Padre José, ambos de la Compañía de Jesus, y al otro hijo Clemente, bibliotecario en aquel tiempo de S. M. apostólica. Los tres eran hijos del convertido, entrámos en íntimas relaciones

amistosas y el P. Maximiliano y D. Clemente me confirmaron la autenticidad de lo que me habia un dia referido el Padre R., añadiendo, como particularidad, que en su última hora Dios había favorecido al Sr. de K. con singular gracia prediciendo á sus hijos que los tres entrarían en la Compañía de Jesus, que los Reverendos José y Maximiliano se quedarían en ella, pero que Clemente saldría del noviciado, no siendo esta su vocacion, y que se casaría. Todo lo cual se ha cumplido despues al pié de la letra.

¿Qué era lo que acabamos de escribir?

¿Era que Dios habia concedido al P. Hofbauer, como á algunos otros Santos, la facultad de encontrarse en distintos lugares á un mismo tiempo, como á S. Ligori confesando á la Santidad de Clemente XIV, ó como juraron de S. Francisco Javier desde los capitanes hasta el último grumete de las tripulaciones de tres buques distintos durante una tempestad en la mar haberse en un mismo momento visto en el timon de los tres, reemplazando al timonel de cada uno y salvándolos del peligro seguro? ¿Era algun angel, quizás el tutelar del Sr. de K., ó algun Santo que por los altos fines de Dios con permiso de la Divina Majestad tomó las facciones del P. H. para impresionarle unos años despues en Viena y atraerle á la verdad?

No lo sé ni debo omitir opinion donde solo la Santa Sede y la Iglesia pueden, si quieren ó conviene, *decidir*.

Sólo he querido narrar lo que por primera vez hará 40 años se me refirió por tan autorizados labios y hace 30 me volvieron á referir los mismos hijos del convertido.



II.

El actual Lord..., Par de Inglaterra, es descendiente de los Condes alemanes de Reinfelden—Lanffeuburg, rama mayor de la augusta Casa Imperial de Hapsburgo. Por diferencias de familia se expatriaron aquellos de Alemania hace algunos siglos y apostatando, por desgracia, la antigua y exclarecida extirpe abrazó los errores de la secta anglicana. El actual Conde Lord... es el primero de su ilustre casa que volvió al seno de la Iglesia Romana, modelo de acrisoladas virtudes, aproximándose con fervorosa fe cada día á la mesa sagrada para recibir á su Dios y Señor, y fundando, como los demás próceres católicos de la aristocracia inglesa, con santa caridad, de su peculio algo mermado, porque el difunto Lord por la conversion del hijo le perjudicó en lo que pudo á su muerte, ya iglesias, ya escuelas, ya conventos de Capuchinos.

Los Lores de... son mirados y recibidos cuando van á Viena por la Corte como Archidukes de Austria, y una de las veces que estaba el que esto escribe en audiencia con el Archiduke Don C. L., hermano del Emperador, preguntóme aquel Príncipe, que sabía la amistad que unía á Lord... conmigo, con sumo interés, por él y por los pormenores de su vida.

Lord... habia sabido en París, por el convertido Príncipe Ruso, hoy P. G..., S. J., mi estancia en aquella capital en 1855 ó 1856, y no habiéndonos encontrado allí en el mis-

mo tiempo, vino aquel á visitarme á M... en Westfalia. Fuimos desde entonces amigos y hermanos en una Santa Causa, que siempre habia vivamente interesado al dignísimo procer inglés.

Habiéndonos vuelto á encontrar en Roma en 1857, me comunicó un dia lo que le habia ocurrido años atrás con su primera Señora (q. e. p. d.) en la misma Ciudad Eterna.

Hacia cinco años que estaba aquella noble dama completamente baldada, y en vano la habia llevado el Conde á varias capitales de Europa para consultar las celebridades médicas de más fama. Los Doctores romanos no obtuvieron mejor éxito que aquellos sus compañeros, y la pobre enferma seguia sufriendo la parálisis, conforme en todo con la santa voluntad de Dios.

Habiendo Lord... concurrido un dia á la recepcion no recuerdo de qué Cardenal ó Prelado, oyó asegurar á uno de estos últimos, que en F. existia una familia la cual, por gracia especial del Cielo, poseía en sus individuos varones la facultad de curar toda clase de paralíticos, siempre que á la gloria de Dios y al enfermo conviniere. Poca ó ninguna fe tenía el ilustre prócer inglés en lo que allí se hablaba; sin embargo, como á sus informes y preguntas se lo volviesen á asegurar con más firmeza tan augustos personajes, resolvió consultar en audiencia particular al mismo Soberano Pontífice sobre si podia ó no hacer una prueba en su esposa.

Habiéndole contestado Su Santidad que no habia inconveniente, volvió Lord..., en aquel entonces aún F..., pues vivia aún su Padre y estaba en posesion del Condado y de la Pairía, á dirigirse á uno de los Prelados Romanos con la

súplica de que escribiese al Señor Obispo, cuyos súbditos espirituales eran los individuos de la familia agraciada con esos favores celestiales, para que aquel mandase uno de estos varones á Roma para emplear sus dones por caridad cristiana en la enferma. Contestó pronto el Obispo que lo enviaría, pero que no aguardasen á ningun hombre extraordinario, sino á un sencillo y piadoso campesino.

Llegó éste por fin, y era de simpático y venerable rostro. En el dia prefijado, el esposo de la enferma mandó llamar á los médicos que asistian á la baldada Señora, para que presenciasen el acto. El labrador había hecho colocar un Crucifijo sobre una mesa y encender una vela á cada lado. Entraron en un sillón de ruedas á la noble dama, que no creía absolutamente nada en su curacion, pero accedia á los deseos de su marido. Arrodillóse aquel hombre, invocando con fervor á los Príncipes de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, se levantó luego, y acercándose á la paciente, principió á hacerle cruces sobre todo su cuerpo, diciendole despues, que se levantara y anduviese. La Señora, atónita al oír estas palabras y no teniendo fe alguna en ellas, no se atrevía ni á la prueba; su esposo, empero, la animó y me describió cuan poco á poco se habia decidido á ver si podia moverse, hasta que viendo tenia fuerzas para ello, se convenció por fin de que podia ponerse en pie y andar como antes de los cinco años que leaquejaba aquella dolencia. Los médicos, el marido, los demas presentes no sabian lo que contemplaban con asombrados ojos; mas el campesino preguntó sencillamente á la Señora, si aún sentia cualquier leve molestia en alguna parte del cuerpo. Habiéndole contestado la curada, que solo se resentía aún

algo de las piernas, mandóla sentar de nuevo, hizo otra vez unas cruces sobre la parte todavía dolorida, y desde aquel instante hasta el último de su vida, que prolongó Dios aún varios años, gozó de inquebrantable salud. Nada admitió el hombre del campo, porque curaba sólo por caridad, y él era entonces el autorizado por el Obispo entre los varones de su familia para practicarla.

Insistió Lord... que le contára de dónde provenía ese don. Contestó el rústico que había una tradicion en su familia de que San Pedro y San Pablo antes de su martirio, caminando un dia juntos por el campo en sus viajes y predicaciones apostólicas, y rendidos de cansancio, sed y hambre, se llegaron á una choza pobre que habia cerca, á pedir agua y pan por amor de Dios. Encontraron allí una mujer tullida, que con toda caridad les recibió, deplorando únicamente que, sin movimiento ella, no podía, como deseaba, servirles, y que tenían sus huéspedes que buscarse en persona lo que necesitaren en los sitios por ella indicados. Los Príncipes de los Apóstoles, agradecidos á la caridad de la mísera enferma, la curaron milagrosamente, así como á su marido, que estaba ciego y ausente, y acertó aún á llegar á su cabaña antes que se hubieran despedido los Príncipes de los Apostoles. Habiéndose alejado un corto trecho de allí, y recordando la caridad de aquellas buenas gentes, resolvieron dejarles para siempre otro recuerdo suyo. Volviéron, pues, sobre sus pasos y concedieron al habitante de la choza milagrosamente curado, para él y en lo futuro para todos los varones descendientes de él y su mujer, el don de sanar al prójimo que viesen padecer del mismo mal que aquejaba antes del milagro de los

Apóstoles á la habitante de la misma choza. Y desde tiempo inmemorial así lo habian practicado siempre en caridad y agradecidos á los beneficios que Dios les concediera por la intervencion de S. Pedro y S. Pablo. (1)

(1) Encuéntrase facultades de esa especie concedidas por Su Divina Majestad. Recuerdo haber leído de algunos Reyes de Francia que curaban la papera y los lamparones imponiendo sus manos.

III.

Ange de Dieu mon bon Gardien
 Défendez-moi de l'ennemi
 Conseillez-moi toujours le bien
 Et menez-moi en Paradis.

Petit Jésus mon coeur je Vous donne
 Petit Jésus á Vous je m' abandonne
 Petit Jésus venez-moi secourir
 Car avec Vous je veux vivre et mourir.

Oraciones de niños.

¡Sí, de niños! y soy ya un *niño* algo *viejo*. Empero aun hoy me gustan. A los ocho años de edad ó antes ya las rezé, y hoy, 53 años despues, no pasa día en que no las repita. Es mi única oracion en francés, pues creo que orar y contar números casi todos lo hacemos en nuestro idioma patrio. Por lo demás y por desgracia rezo poco y brevemente á lo militar. No tema, pues, algun asustadizo lector, que aquí voy á convidarle á rezar conmigo el Rosario, si bien en mejores tiempos lo rezaban los tercios españoles y D. Juan de Austria y Farnesio de Parma y el célebre caudillo Príncipe Eugenio de Savoya, "le petit capucin," que decía el Rey de Francia. Y el pequeño capuchino se enfadó y poco despues en la batalla delante de Turin hizo perder á S. M. francesa cuarenta mil hombres.

No has tropezado, pues, querido lector, con ningun beato ó gazmoño, apesar de que no me avergüenzo de re-

zar. Ya ves que rezaron grandes varones, como los citados, que valían algo más que tú y yo cada uno de ellos y probablemente más que nosotros dos, con algunos adocenados por añadidura, juntos. Esto en cuanto al "Ange de Dieu," que precede.

En cuanto á lo que sigue habrá alguno que otro espíritu fuerte y libre pensador, que en un ataque de bilis ó nervioso ú ofendido en su alta dignidad y mision civilizadora allí encuentre no diré *algo*, sino *mucho*, *muchísimo* de *supersticion*. Ya lo habrá encontrado al leer de las *cosas curiosas* el I y el II. Pues, hijo, á las tres, que aquí es III latina, va la vencida, y yo pobre pecador contra tu parecer tiránico y autoritativo, si bien poco imponente, ó mejor dicho más bien declamatorio, no dejaré de imprimir lo que me da la gana. Lo mejor será que, si eres impío y muy ilustrado, así como tanta homúncula fraccion del siglo XIX que anda por allá paseando su sabiduría y vanidad y su descendencia, en *línea recta*, del mono, no pierdas tu precioso tiempo, ni leas estas necedades. A mí no me va nada en ello ni me importa un bledo; pero temo que estés equivocado de parte en parte, y por si acaso, por ejemplo seducido por la curiosidad, las leyeres, más valdría meditar tales *hechos* y tratar de explicarlos, que criticarlos ó rotundamente negarlos, lo cual ni es muy juicioso ni *científico*.

Empero como el demonio se espanta de la Cruz, así hay gentes despreocupadas á quienes dan unos calofríos mayúsculos, y que hacen aspavientos y muecas de depreciativa y satánica soberbia al leer ó al oír pronunciar el Santo Nombre de Dios. Hasta en libros de fama y de moda, como en el Kosmos de Humbold se vé con pena que

ni con una palabra se menciona, si no estoy equivocado y sin querer atreverme á juzgar de las creencias de este gran naturalista, que por otra parte admite por ejemplo la descendencia humana de *una* pareja, como lo enseña la Iglesia.

Satanás odia al Niño Rey en el pesebre, al Cristo en la Cruz y en el Cielo; odia á Dios y á sus Angeles. No puede oír citar catecismos ni oraciones en ninguna parte, aunque fuese por un "*pequeño Capuchino*," tan grande y célebre como el príncipe arriba citado. —El angel caído con sus legiones no perdonan á San Miguel su victoria y para los satélites del "*Señor de las moscas*," ó sea Belzebub, el Gloria y Paz sublime de los Angeles, la *nana* celestial cantada al Niño Dios en su cuna-pesebre, se ha trocado en blasfema é infernal algazara trocándolo en la teoría y práctica de la vida desde la cátedra impía de la Universidad y Academia hasta la escuela láica del desdichado infante, desde el Ateneo y la lógia de la mujer emancipada hasta la fábrica y el taller del obrero, de la modista y de la costurera en el tremendo: "PAZ á Dios en las *alturas*, si es que existe, y GLORIA en la tierra á los hombres de *mala* voluntad."

Pues Señor, adelante; diremos como un Cura Párroco que había en San Bartolomé de Sevilla, dijo á uno que dudaba ó *pretendía* dudar del Infierno: "¡mira, anda y sigue como hasta lo presente y ya darás con él!"

Volvamos, pues, mejor á aquellas nuestras oracioncitas de la niñez. No recuerdo de fijo quién me las enseñára, pero sospecho que el lector debe el mal rato, que se le ha hecho pasar con ellas, á *mon petit oiseau* ó *ma petite* que así se llamaban mutuamente Monsieur y Madame B. en Malmedy, esposos de unos 70 ó más años y cuando mu-

chachito grandes amigos míos, que edificando por su cariño mutuo y cristiano, habían prolongado su luna de miel hasta su avanzada vejez. Este matrimonio tenía aquella tierna costumbre por el mismo estilo que Federico Guillermo IV de Prusia y la Reina Isabel su esposa llamándose siempre mutuamente: "Mein Liebchen."

En fin, sea quien fuere quien me las hizo decir por primera vez, que Dios se lo pague; muchas veces me han consolado en las batallas de la vida. Son puras como la misma infancia, cuyo mayor atractivo es la inocencia y en cuyo rostro se refleja visiblemente algo de la paz y dicha celestial de su invisible compañero, el Angel Custodio, que en su misericordia le concedió Su Divina Majestad. Nunca casi puedo mirar á un niño sin encomendarme al Angel de su Guarda. ¡Y el tuyo, querido lector, y el mio nunca tengan motivos de avergonzarse de nosotros y de abandonarnos para siempre!

Cosas curiosas hay para recordar aquello de: *In certis unitas, in dubiis libertas, in omnibus caritas*, palabras atribuidas por muchos al gran Padre San Agustín, Obispo de Hipona, y que Dios *mundum tradidit disputationi hominum*, según la Sagrada Escritura.

Piénsese como se quiera: Hay muchas cosas entre el cielo y la tierra, exclama Sh. el gigantesto dramaturgo inglés en el Hamlet, de las que nada en sus ensueños saben los filósofos.—¡Cuántas de ellas consigna el célebre D. José Görres en su "Mística," que ora celestiales, ora diabólicas, ora oscuras, ora bastante claras, á veces pavorosas, otras

consoladoras se nos presentan y delante de las cuales nos paramos á veces con un: ¿Qué sería? del P. Luis Coloma, cuya pluma maestra nos describe una asaz notable bajo este título. El mismo Kant una vez prudentemente: "Aunque me reserve,, dijo, "de bien examinar cada caso concreto, no me atrevo, sin embargo, á negarlos todos en general y en absoluto.,,

Podrían citarse horriblos acontecimientos en el terreno diabólico, que corroborarían perfectamente lo que entre muchos autores cita en su "Práctica de conjurar,, el Religioso P. Fr. Luis de la Concepcion de los Trin. Desc., exorcista que fué durante 40 años: empero más nos consue- lan por cierto las misericordias y el armonioso órden del cielo, que los confusos y tenebrosos esfuerzos del abismo y de Luzbel.

En varias ocasiones y sitios he oido referir por personas fidedignas, eclesiásticos y seglares, casos idénticos al que oí cuando muchacho por boca de mi Sr. Padre (q. e. p. d.)

En tiempo de sus mocedades, cuando estaba estudiando alegremente en las Universidades de Bonn y Heidelberg, y seguramente nada le preocupaba menos que el capítulo de dudosas cuestiones sobrenaturales, volvieron á no demasiado altas horas de la noche de una tertulia cogidos del brazo dos jóvenes amigos. Venía el uno acompañando al otro hasta la puerta de su casa y sorprendiéronse al encontrarla ya cerrada, cuando siempre los patronos aguardaban al estudiante inquilino, cuyas habitaciones en alto daban á la calle. Aumentóse el asombro de nuestros adolescentes al observar por las ventanas la luz tranquila alumbrando el dormitorio lo mismo que cuando el hues-

ped en él se aposentaba. De repente ven ambos á dos aproximarse á los cristales abiertos para cerrarlos uno, que parecía un vivo retrato del que allí tenía su morada, como si fuera un su hermano gemelo. Luego se desnuda, se acuesta y apaga la vela.

“Truenos y tempestades, chico,, exclama el compañero del de la casa mencionada, “si no te tuviera asido del brazo juraria que aquel mozo eras tú.,”

“¡Alguna mala broma, vamos á llamar y quitarle las ganas de otra!,,

El otro más prudente: “No, hombre,, replicó, “¿quién sabe? mira, déjate de tonterías, esta noche te vienes tú á dormir conmigo; mañana temprano volvemos y nos cercioramos en qué ha parado este enigma.,”

—Durante la noche hundióse el techo de aquella alcoba y se libró nuestro pobrecito muchacho de una muerte segura.

Los dueños de la casa declararon, haberle visto entrar como siempre y subir la escalera; y con el convencimiento de que ya estaba el señorito, cerraron la puerta.

El angel tutelar, en verdad, había velado amorosamente por su protegido. (1)

(1) A veces tienen las cosas serias también su lado jocoso. Jóvenes como éramos, el después Proto-médico del Hospital del Espíritu Santo, en Fr., otro estudiante hijo de Senador de la misma ciudad y un Servidor de Dios y del lector resolvimos un día hacer una expedición desde H. á una villa ó pueblo para pasar una noche en una casa de la que se decía que todos huían, que todos los diablos andaban en ella y que nadie la podía vivir. Nosotros nos proponíamos dilucidar la cuestión, desenmascarar engaños y pelear contra toda clase de espectros. Dicho y hecho. Cogimos buenas armas,

En 1849 salí del Gimnasio de D. para la Universidad de B., donde además de las aulas acostumbraba frecuentar diariamente una huerta tan tentadora por la riquísima leche de sus vacas, como por la amena conversacion y el carácter digno de la familia, que allí tenía su vivienda.

El patriarca de ella y propietario de la casa y del jardín era en aquel entonces Gaspar Antonio Mohr, acomodado jardinero y querido por todos los de la ciudad y del campo. Apesar de sus 71 años no había ni una sola cana en su cabello aún castaño y espeso como sus cejas, y su rostro bello y varonil como esculpido en granito ó fundido en bronce y acero, y sus ojos claros, grandes, llenos de inteligencia y de mirar penetrante eran un espejo verdadero de la firmeza de su voluntad de hierro, de una virtud acrisolada, de un alma inocente y una conciencia pura.

Su andar era aún derecho como á los 15 años y sus fuerzas hercúleas, heredadas de padres y abuelos, habían dejado evidentes señales durante más de medio siglo en un contorno de 20 leguas alrededor, en tantos cuerpos de valientes como habían trabado enemistoso y fatal conocimiento con las manazas, los puños y la porra de este co-

mandóse por un coche y andando. Mas habíamos ajustado la cuenta sin la huésped, quiere decir en el presente caso, sin el dueño de la endiablada y cerrada casa. El propietario sin negar las cosillas que se murmuraban nos negó redonda y secamente el permiso de pernoctar en ella. Transformáronse, pues, los duendes por esta vez en unas tortillas de la fonda remojadas con una copa de Affenthaler y nos volvimos desairados y algo mohinos sin más experiencia y con menos dinero, renegando del buen *filsteo* de propietario y probablemente murmurando: «Oh tempora oh mores!» y quizás añadiendo lo que no debía aquí añadir: «oh stulti profesores!»

loso, cuyo torax, hombros, brazos y piernas hubieran sido dignos de figurar como modelo para aquel famoso de Rodas.

Pero *hic non est locus* de hablar de esto, ya se hará en otro lugar más conveniente y si Dios quiere.—Como Gaspar Antonio eran los parientes laterales y eran sus hijos, que habían heredado, si bien no todas sus fuerzas físicas, en cambio toda su honradez, profunda religiosidad y rectitud de conciencia. Su buena madre ya no vivía y les había dejado como mejor herencia el temor á Dios, el decir verdad sin miedo delante de los hombres, y el ser caritativos para con el pobre y desdichado.

Esta gente no mentía nunca ni á nadie, y son tan fidedignos para mí en los varios relatos, que les oí, como lo sería un acta firmada por tres notarios. Hechos son tan curiosos como algunos de los que cita el P. Martin de Roa y otros autores de nombradía.

Vaya uno de aquellos como prueba.

Uno de los Mohr, no recuerdo si Gaspar Antonio ó su padre, habia casado con una hija de Cristian Weber, rico aldeano de Dransdorf. Weber era, como la estirpe de su yerno, católico rancio, limosnero, amado del pueblo y singularmente devoto durante toda su vida. Ya entrado en años y con ocasion de domar un potro, tuvo el percance de caer y fracturarse la espina dorsal, á cuya consecuencia este hombre tan fuerte y tan activo siempre, se vió baldado en un sillón, anulado y reducido á completa inaccion durante varios años. Conforme en todo con la voluntad de Dios, á quien dirigía desde la niñez su mente, llevó su estado de postracion con tan angelical paciencia, que en vez

de poder traerle consuelos los visitantes se llevaban de allí santos ejemplos y cristiana edificacion. Acertó un día á visitarle un desconocido, al parecer campesino, que despues del saludo en aquellas comarcas acostumbrado de "*alabado sea Jesucristo*," y haber contestado Weber "para siempre," sin manifestar quién era, dijo sin más ni más al enfermo: "¡No os encontrais bien así, Weber!,"

"Bendita sea Su Divina Majestad, que así me tiene ya algunos años."

"Para siempre bendita, vengo á poner os una receta, que os curará, mandadla por vuestro hijo mayor á la botica de *Fulano* y tomad tres veces de ella; venga papel y recado de escribir."

"Oh, amigo, dijo el asombrado enfermo, si vos me curaseis de esta dolencia, gozoso os daría la mitad de cuanto poseo."

"Yo no necesito ningun bien vuestro y hago todo para gloria de Dios y en santa caridad,"—Trajo la esposa del doliente lo pedido por el desconocido y dijo W. á su mujer segun la hospitalaria costumbre de aquel pais. "Anda, tráete en seguida pan, jamon y vino, para nuestro huesped."

"Lo agradezco, Weber, empero no tomo nada."

Despues de estas palabras y de suplicarle en vano W. al otro que se sentara en la mesa, este se arrodilló en medio de la habitacion escribiendo la receta en el suelo. W. que estaba en un sillón de ruedas trató de aproximarse un poco al huesped y á la mesa, en cuyo acto separó un momento la vista de aquel. Al volver despues á fijarse su mirada en el sitio mismo, donde estaba el que dejara escribiendo, y al entrar en el mismo instante por la puerta

la mujer con sus manjares y platos; no habia más que el papel en el suelo.

“¿Mujer, dónde está este hombre? ¿Debes haberlo encontrado?,”

“No he visto á nadie?,”

Y ambos se miraron pasmados.

—Mandóse el papel por el hijo mayor á la botica. El farmacéutico, que era piadoso, declaró despues de oir la curiosa relacion, que la medicina era del todo inofensiva y no podía en lo humano influir en nada sobre la enfermedad, pero que las providencias de Dios eran á veces incomprendibles. Tomar la medicina y quedarse tan sano y fuerte, como si nunca hubiera tenido nada fué instantáneo. Durante tres años estuvo aun al frente de su casa y de sus negocios, aumentándose de hora en hora su piedad y sus virtudes.

Un día llama á su primogénito y le dice: “Hijo, mañana al medio día Dios me llamará á Sí. Avisa al Sr. Cura que se prepare para traerme el Viático. Tú llamarás á todos tus hermanos para que yo los bendiga, exceptuando á tu hermana la casada en B. con Mohr, pues esta noche morirá su niño, que ha de prepararme el camino. Sé, que mañana vas á ir al pueblo N... á tus asuntos; no lo dejes, pero sal de madrugada y que estés de vuelta á tiempo, pues *en tus brazos quiero morir*. Avisarás despues á tu hermana en B... de mi tránsito.”

En la noche del mismo día estaba esta buena mujer, la hija de aquel, hilando cerca de la cuna de su chiquillo, cuando de repente se apareció por algunos instantes en la cabecera de aquella una figura blanca. Asustada y llorando

se abrazó á su marido al volver á casa éste, que en vano calificó la pretendida aparicion de vision nerviosa é ilusion de mujer. Unas cuantas horas despues dieron al niño convulsiones, en las que quedó muerto y la madre exclamaba: "Lo ves ahora, bien me lo decía el corazon, que sería su ángel custodio, que venía por él,,.

Al otro dia púsose de repente Weber tan endeble, que no podía levantarse del sillón. Sus hijos estaban reunidos alrededor de él; todos rezaban, recibió con fervor los Sacramentos, bendijo á aquellos y llamando al mayor á su lado derecho inclinó su cabeza en el brazo y sobre el pecho de su primogénito y expiró en el Señor.—En este momento tocaron las campanas la oracion del ~~medio~~ día.

Quando por la tarde entró el hermano mayor en la casa de su hermana, la casada en B., corrió ésta á su encuentro y: "¡ay, hermano!,," exclamó, "mi niño, mi niño!,,

"Ya lo sé, hermana, nuestro padre nos lo dijo á tus hermanos ayer, pero yo tengo para tí una noticia más grave, que aún ignoras: la de la muerte de nuestro padre y te traigo su última bendicion,,.

Era por el año 1861 al 62 y en el Tirol.

Púsose á mis órdenes Don... jóven oriundo de F... ciudad del Granducado de Baden. Lansquenete desde el pié á la cabeza, era valiente y bravo como él solo, ó más bien temerario, como suelen serlo á veces los muchachos de corta edad, es decir antes y poco despues de los veinte años, que él aún no habría en aquel entonces cumplido. Y héte aquí que tenía que habérmelas con un duende y diabli-

llo, que á todas horas daba bastante que hacer; el mismísimo Argo con sus cien ojos se hubiera visto apurado para vigilarlo y no poco trabajo me costó refrenar estos ímpetus, y meter en caja este azogue, aunque él obedecía ciegamente y me mostró siempre un extraordinario afecto y la más respetuosa deferencia. Leal y francamente me manifestó todo su interior, sus penas, tentaciones y "peccata minuta.,,

Interesábanme, por otra parte, las hermosas y buenas cualidades del mozo y le tomé y tenía un verdadero cariño paternal.

Todo mi afán era buscarle en la Capital del T. un director espiritual adecuado, á propósito para domar á aquel fogoso temperamento y apaciguar el "mare magnum,, de confusión y las rudas tempestades que combatían á esta naturaleza.—Propúsele desde luego al anciano Padre..., varon de gran experiencia y ejemplar virtud, mas fracasó el primer ensayo y no quiso el muchacho volver á ver al "viejo *fastidioso*," tan seco, serio y grave. Entonces pensé en otro religioso más aceptable para un militar de la índole de nuestro adolescente. Fui á ver al P. "Max,,... así lo llamábamos, esplíquéle el caso y lo preparé. Después lo visitamos juntos y le presenté el chico.

Quedóse el astuto Jesuita con la voluntad del soldado en un volver la mano. Principió aquel con ofrecer á éste un puro de respetable tamaño y ambos á dos llenaron el cuarto de un humo espeso y capaz de confundirse con el de la pólvora en un campo de batalla. Hablan de la guerra de 1859; abre el P. "Max,, un armario, enseña al otro, que mira extasiado y rebosa de alegría, la chaqueta, faja y el

sombrero de pluma, prendas que había gastado como Capellan del cuerpo franco de los estudiantes de I. Lo ví en aquel infausto año con su uniforme y con un tremendo sable al lado, apretóme la mano y me dijo: “Voy á *coger* á Garibaldi.” No habia por desgracia *cogido* á G., pero volvió á coger á aquel enorme sable, que estaba guardado con los demás recuerdos, lo desenvainó y tirando tajos y reveses á cual mejor y más rápido, y un soberbio nolinete:

“Yo tambien, teniente, exclamó, entiendo algo de esto,,” y “cogió,,” prisionero al corazon de nuestro jóven. Lucieron los ojitos de ardilla del chico como fuegos fatuos, seguía con la mirada y con toda su alma los movimientos del sable jesuítico por el aire y al salir de allí me dijo entusiasmado: “Este Padre, si, que me gusta,,”

“Pues andando, hijo, á quitarse el polvo y á confesar con él,,”

Hizolo así y quedóse al otro dia como ropa blanca de neófito. ¡Ojalá tal se haya quedado siempre!—Así cumplió el hijo de San Ignacio el Reverendo P. “Max,,” con aquel precepto de su gran Caudillo: “Entrar por la puerta de ellos y salir por la nuestra,,”

Llevé á nuestro *General* “*in spe*,” á Viena, donde quedó á mi lado hasta cuando dejé al Austria, reservándome de volver államarlo en su dia. Entreguélo al Feldmariscal-teniente Baron Meyerhofer de Grünbühl y con anuencia de S. A. I. y R. el octogenario Archiduque Maximiliano de Este, Gran maestre de los Cabal. Teutónicos, entró en el Regim. de este H. D.,—No nos volvimos á ver.

¿Vivirá? ¿Habrá muerto victorioso en Custozza ó en uno de los fatales campos de batalla de Bohemia en 66, y en la fratricida guerra austro-prusiana?

Todavía hoy me quema el corazón la ardiente lágrima que brotó de sus ojos cuando al despedirse de mí como de su segundo Padre murmuró: "Ahora estoy perdido."

¡Pobrecito de mi alma, no pudo ser por aquel entonces, que te dispensara ya protección y consejos. Pero vivo ó muerto no te faltará Dios, ni faltará quien pida por tí. Este es el único y mejor servicio que nos podemos prestar los hombres.

He dedicado las precedentes líneas al recuerdo de un amigo; ocupémonos un momento aun de un hecho extraordinario, que le había acontecido.

Teniale yo prohibida toda clase de lectura perniciosa, sobre todo las novelas, que por éstas y por el ojo entra el enemigo y precisaba mirar por el polluelo y salvarle de las asechanzas del gavilán, que ora se llama Eugenio Sue, ora Paul de Kock ó Víctor Hugo y bajo cien mil otros nombres echa á perder el alma, mucho más que las seis mil enfermedades, que poco más ó menos aquejan á la generación humana, destrozan al cuerpo.

— Entré un día repentinamente en su habitación y le sorprendí con un libro en la mano, que á mi inesperada presencia trató todo *pálido y trémulo* de esconder. Creí yo entonces que sería algún libro impío ó inmoral, se lo quité de la mano, y quedéme desengañado y algo estupefacto al encontrarme con un libro.... de.... oraciones.

En la portada había una estampa del Santo Ángel de la Guarda:

"¿Pero, hombre," le dije, "á qué viene esta palidez y

temblor en un joven militar tan valiente como Ud.? Y qué significa tanto aspaviento á mi entrada y tanto afan y empeño de esconder un libro bueno é inofensivo.,,

“Señor, replicó, Señor perdonadme, harto sabeis que á nada temo, á nada de lo que en lo humano cabe, pero aún me estremezco al recordar lo que á este libro va unido; no puedo manifestároslo y al veros temí vuestra pregunta.,,

Más y más sorprendido, pues siempre me habia mostrado él la mayor confianza y me creia en posesion de todos sus secretos más íntimos, guardé silencio un instante mirándolo atento y fijamente, despues le di la mano y con palabras cariñosas traté de calmar la excitacion nerviosa que de él se habia apoderado y de hacerle comprender, que yo respetaba su silencio y sigilo, ni era curioso, y que solo el interés hacia su persona me habia movido á apoderarme del libro y á inquirir la causa de su turbacion.

Creyóse él entonces en el deber de explicar el caso y relató de esta manera:

“Este mismo devocionario con este mismo grabado del Angel tutelar tenia yo en mis manos á la edad de 14 años y en un domingo durante la Misa mayor de la Catedral de Friburgo, á la que asistian mi familia y casi toda la servidumbre. No pude acompañarles, pues apenas habia salido de grave enfermedad y aún estaba convaleciente. Sentado en un rincon del salon principal de nuestra espaciosa casa estaba yo rezando las oraciones correspondientes al Santo Sacrificio, cuando toca la campana al alzar. Me levanto de la silla para arrodillarme y recae con este movimiento mi vista un instante sobre la vasta habitacion.

Y..... ¡qué espanto!... en el centro de ella me veo sentado á mí mismo. Me habian aplicado sanguijuelas, que aun bastante tiempo despues de quitármelas destilaban alguna sangre y tres gotas mancharon la pechera de mi camisa blanca, que hace poco me puse fresca y limpia. Ni siquiera estas tres gotitas rojas faltaban en lo que parecia ropa blanca de la aparicion, como para imposibilitarme toda duda de que fuese real y verdadera. A mí me entraron unos terribles calofríos y preso como de una pesadilla me creia amenazado por el más horrendo espectro. Y el mudo é imponente fantasma me llama hacia sí con ademan grave y con repetido y urgente signo de la mano. Y yo con indecible angustia clamaba para mis adentros: "¡Oh no! á tí no me acerco!" De repente en vista de mi resistencia se levanta mi *alter ego* y derecho y rápido se lanza hacia el rincon. ¡Pobre de mí! que no tenia más que mis 15 años no cumplidos. Verlo venir y tirarme de la silla al suelo para evadirme á gatillas á lo largo de la pared tratando de ganar la puerta y pedir socorro, fué pensado y hecho á la vez. Apenas me habia arrastrado por el suelo algunos pasos se derrumba la parte del techo, encima de la silla, en la que habia estado tranquilamente rezando y la rompe y perfora.—Si se desploma sobre mí, la muerte hubiera sido inevitable. Por eso el afan de aquella aparicion, que despues piadosamente creí mi Angel Custodio, de alejarme de aquel rinconcito. Apenas me vió sano y salvo cuando sonriendo y saludándome, desapareció...

"Nunca desde aquel dia tomo en mis manos este libro sin pavor y respeto."

Vínome en ésto á la memoria lo que aseguran personas fidedignas del Rvdo. Sacerdote Overberg de M... en Westfalia, cuyo catecismo es allí tan conocido y apreciado.

Estaba aquel Presbítero en tal concepto de santidad, que hasta un impío al referirle lo que van á leer, exclamó: "Si O. dejó esto escrito ó manifestado verbalmente á alguna persona de su confianza, lo creo."

Era O. el escogido de Dios para muchas y grandes cosas, por más humildes que apareciesen á los ojos de turbas vulgares y escépticas. Católicos y protestantes veneraban sus virtudes.—Habíale concedido el Señor el don, que á otros varios varones beatos ó santos, de poder leer en el alma y la mente del prójimo: y así sucedió, que un día en el paseo de las afueras de Münster, O. se abalanza de repente á un caballero, lo abraza y le dice dulcemente y conmovido:

"¡Infeliz! ¿qué intenta? venga á confesarse." Y se lo llevó y lo oyó en confesion y lo reconcilió con Dios y con su Santo Angel Custodio.

Pues era el caso, que aquel desgraciado iba á suicidarse, y así este ejemplar ministro de las divinas misericordias lo salvó de la muerte temporal y eterna.

Tenía el venerable O. una devocion particular al Guarda tutelar, que Su Divina Majestad se había dignado de poner á su lado. Cada día tomando en sus manos una estampa del celeste Custodio, que tenía en el breviario, meditaba despues de haber concluido el rezo durante un rato sobre la gracia, que nos ha hecho Dios al concedernos tan poderoso compañero de armas en la dura lid de la humana vida. Visitaron á aquel ejemplar presbítero un día

en M... dos hermanas de la Caridad, de paso para D...— Tenían que agradecer á O., despues que á Dios, el haber allanado las dificultades, que los Padres de cada una habían opuesto á su santa vocacion.

Alegróse mucho el justo varon y agradeció la atencion á las religiosas, á las que desde luego propuso el viajar juntos, puesto que él tenía vacaciones y debía ir tambien á la misma villa de D...—Aceptada con sumo gusto la proposicion, se contrata un coche y se emprende el camino. Amonestó O. al cochero que tuviese sumo cuidado en no perderse, pues en aquellos inmensos páramos de Westfalia es esto lo más fácil y andan los viajeros como marino sin brújula en el Océano.—Pasóles al fin efectivamente, lo que antes en la misma comarca y como nos lo contará ella despues, á la Madre de Fernan Caballero; se extraviaron. Coche, caballos y automedonte van errantes ya á la derecha, ya á la siniestra y ningun hilo de Ariadne los saca del laberinto en esta inmensa "Pusta," como dirían los Ungaros. Finalmente, despues de largas horas, tan largas como un dia sin pan, dieron con una casa aislada que les parecería lo que al Beduino el oasis en el desierto.

En ella se enteran que les faltan algunas leguas aún para llegar á D. Resuélvense á pedir hospitalidad á aquellos campesinos hasta poder caminar con la luz del dia.

Se les concede gustoso el albergue, se les sirve una cena, se les designan sus aposentos, y entre las ocho y nueve de la noche la gente de la casa se retira á acostarse segun costumbre del país. Despídense tambien las hermanas, y queda O. solo en la habitacion. Pónese á rezar su breviario, lo concluye y como era tan devoto del Santo

Angel, saca la antes mencionada estampa y medita segun costumbre, cuando llaman á la puerta.

“Adelante.”

Entra á esta licencia del Padre un jóven hermosísimo é inclinándose delante de O. le dice:

“Señor, antes de la una de la madrugada tiene Vuestra Reverencia que abandonar con las religiosas esta casa, muy de quedo, no se note, ni se enteren en la finca. Por la mañana sabrá V. la causa.”

Y salió saludando de nuevo, antes de que O. pudiera rehacerse de su sorpresa. Prudente, como era, el último no hizo ningun juicio sobre la aparicion y lo mandado, empero intentó cerciorarse; y para averiguar é indagar algo, abrió la puerta de la sala y se encaró con el cochero, que frente á aquella estaba al lado de la chimenea del atrio fuyendo su pipa.

“Hombre,—le dice con bondad el cura—¿todavía está V. despierto? ¿por qué no se ha acostado?”

“Aguardaba á V. Rev. para enseñarle su dormitorio.”

“Pues bien, ¿dónde está?”

“En aquella habitacion se le ha preparado el lecho.”

Informóse O. entonces del cuarto que ocupaban las religiosas, que estaba tambien próximo y en él aún sin acostarse y orando las hermanas.

“¿Y dónde duerme V., cochero?”

“Ahí, Padre mio, en esta otra.”

“¡Gracias hijo, Dios te lo pague! ya sé lo que necesito saber por lo que pudiera ofrecerse. ¡Váyase á descansar!”

Con estas palabras O. se dirige hacia el comedor en

ademán de entrar en él, mas ya en el dintel de la puerta vuelve el rostro por segunda vez al automedonte preguntándole como de paso y accidentalmente:

“¿Y el jóven que conmigo estaba, á dónde se fué?”

“¿Qué jóven, Señor? no he visto á nadie.”

“Entónces.... bien.... nada y á dormir.”

Cierra su puerta O. y de nuevo saca del libro el grabado del Sto. Angel tutelar continuando su interrumpida meditación, cuando de repente á tres pasos de distancia vé la cabeza del adolescente, que se le apareciera, en el aire, y al mirarla el padre absorto, toma el rostro aquel poco á poco las facciones del custodio de la estampa y á los breves momentos desaparece. Fueron bastantes sin embargo para convencer al sacerdote de quién era el mensajero. Comprendió que precisaba obedecer al celestial aviso, sacó del bolsillo dinero suficiente para pagar con creces la cena y el hospedaje, puso las monedas en medio de la mesa; salió, y habiéndose acercado de quedo al cuarto del auriga enteróle de que importaba sacar clandestinamente el coche y el tiro; comprometióse á ello el cochero: mandó O. salir por las ventanas bajas á las hermanas,-- que en ese país no tienen rejas como en Andalucía,—y todos suben al vehículo, se alejan con rapidez y llegan á la madrugada á D. donde se apean en la casa de postas y entran en el salón de espera. (1)

Apenas han tomado asiento en este departamento,

(1) Se explica la facilidad de evadirse de aquella finca por la misma construcción de las casas rústicas de Westfalia donde todo se agrupa al redor de un gran cuadrado, habitaciones, cocina, chimenea, cuerdas, establos y granero.

llega un ginete á escape, se apea, entra, saluda confuso y afectado; ya se sienta, ya se levanta, mide con pasos acelerados la habitacion y pálido é inquieto manifiesta una intranquilidad suma: "*Post equitem sedet atra cura.*" Observándolo el ministro de Dios indica con los ojos y la mano á las Beatas, que le dejen solo con el recién venido, y estas enseguida lo comprenden y salen.

Diríjese O. entonces con su celestial dulzura al caballero:

"Pareceis, señor, le dice, apenado y afligido, dispensadme se lo advierta un anciano sacerdote, que quizás podría contribuir á aliviaros en vuestros pesares y angustias, si os dignais de comunicárselos."

Conmovidó el interpelado por la imponente majestad y atractiva benevolencia que revelaba el venerable y simpático rostro del clérigo, sentóse aquél al lado de éste exclamando:

"Estoy en este estado de excitacion nerviosa, pues esta madrugada debe haberse cometido un espantoso crimen, un asesinato de una ó varias personas."

"¿Cómo es eso?"

Contó el viajero entonces de cómo cabalgando por el páramo se había perdido tropezando por fin con una casa aislada. Desconfiado de por sí y más aun por llevar una cantidad crecida en la maleta, quiere reconocer aquella morada, cuyo piso bajo parece iluminado.

Se apea, deja el noble bruto á bastante distancia y se arrastra y desliza hasta una de las ventanas. En el momento de mirar por ella ve una numerosa partida de armados, al parecer bandidos, y un apuesto y formidable hombron, que parecía el Jefe, pronuncia las palabras:

“Vamos ahora, es la una, ya deben estar dormidos.”

Oír esto, ver las caras patibularias y la actitud de aquellos foragidos y bandoleros, y volver á su troton, montar, picar espuelas y escaparse á uña de caballo para tomar las de Villadiego y huir de ese lugar sospechoso, todo fué obra de un instante.

“¿Ay,, repitió, triste y meditabundo, “Dios tenga misericordia de las infelices víctimas!”

“Sosegaos, hermano mio,” le observó en tono grave y digno O.; los que debian ser asesinados somos nosotros, las dos religiosas y un Servidor de Dios y de Vd., y nos veis sanos y salvos por la gracia del Señor, y no se mató á nadie. Y para que alabéis conmigo los juicios altísimos y las misteriosas vías de la Providencia, que envía á sus Angeles á protegernos y llevarnos de la mano, oid cómo pudimos burlar el plan de nuestros enemigos.”

Aquí le contó lo que antes referimos y comprendió el viajero, que él era el mensajero de quien se valiera Dios para enterar á O. del *por qué* de la fuga clandestina, cuya causa le prometió el Angel sería revelada “*mañana por la mañana.*”

De todo nos cansamos, hasta de lo mejor, por desgracia; y para muchos lo mejor es á veces hasta enemigo de lo bueno. Y de lo mejor y de lo bueno descansamos á veces ocupándonos en escribir, ó leer, ó hacer cosas indiferentes en sí, y trasformándolas por la intencion en agradables á los ojos de Dios. Y descansar trabajando lo es ciertamente.

Segun la feliz idea del célebre escritor popular alemán Doctor Alban Stolz, Catedrático que fué de Sagrada Teología en la Universidad de Fr..., el espíritu de Murillo descansaba de sus inspiraciones, que parecen divinas, interrumpiendo sus sublimes Concepciones con pintar un niño pordiosero buscando los viles parásitos, verdugos de los cuerpos abandonados, huéspedes de la miseria y cuyo nombre es el mismo que figura en el título de un precioso cuento de Coloma.

Vamos, pues, á descansar un poco de lo *sobrenatural*, no precisamente á la manera del inimitable pintor de las Vírgenes, ni mirando cosa que repugnar pudiese, sino volviendo la vista á lo natural y humano de la vida.

En la misma comarca y páramos de W... en donde salvó el Angel Custodio al Sr. O. y las madres é hijas de la Caridad, se perdió también un día del año 1812, el 9 de Agosto, con sus hijos una ilustre española, la Sra. D.^a Francisca de Larrea, madre de Fernan-Caballero.

Antes de citar el párrafo, que á esta aventura se refiere, me permitiré copiar algunas palabras, que prueban la simpatía de la noble dama para con los *Alemanes*, si bien deplora más de una vez y en varios lugares los detestables *caminos del país*, en los tiempos que en aquel entonces corrían.

“Comimos, dice, en un pueblecito llamado, creo Wedel, por la primera vez á la alemana, con buen jamon de Westfalia, habas, y una tortilla de huevos.”—En Júlích (1) tuvimos buena posada, y no olvidaré la de ayer á medio día

(1) El manuscrito usa el afrancesado nombre de «Juliens,» como los usurpadores del lado izquierdo del Rhin habian llamado á la antigua ciudad.

en *Vorking* (1). Despues de haberme pedido solo 4 francos por jamon, huevos, pollos, carne, sopa, y una botella de vino, no permitió la mujer que nos sirvió el tomar un franco que le daba por su servicio!

„Me acordé de los Ingleses y de los Franceses! y dije, con todo mi corazon, sólo los Alemanes son dignos de ser amigos de los Españoles!—Otro tanto sucedió despues de haber pasado el Rhin, que pedimos un poco de agua en una casucha de mala muerte, y no querian recibir algunos sueldos que les dábamos.—¡Qué fatales son los caminos de Alemania! qué chato, qué desnudo el país, á pesar de la gran cosecha, que á carretadas enormes se llevan los Franceses á Francia?

„Solo los pueblos tienen árboles, y esta vista agradable se compra á costa de los agujeros del camino que los atraviesa, que nunca se compone, y la continúa sombra de aquellos impide que el sol seque un poco el terreno, etc., etc...„ y más adelante sigue escribiendo:

“Munster, 9. Acabamos de llegar despues de tres dias de martirio, á Munster, grande y bella ciudad, segun me ha parecido al atravesarla. Salimos de Dusseldorf el Sábado 7, y fuimos á dormir á Dusbourg. El camino estaba bastante señalado para que nuestro buen mayoral pudiese atinar con él. Pero desde que salimos de Dusbourg nos metimos en las malezas interminables de la Westfalia, y se taparon todos los rastros, que podian guiarnos con alguna seguridad. *Nos perdimos*. Y cuando la Providencia nos deparó un pastor á quien preguntamos por el camino, ha-

(1) Así dice al parecer el manuscrito.

bíamos hecho tres leguas de extravío. Supliqué á este buen hombre, ofreciendo que se lo pagaría grandemente, de que nos sirviese de guía hasta ponernos á la vista de Dörsten. Nos bajamos del carruaje porque ya los caballos apenas podían arrastrar de él, cansados de haber trabajado todo el dia en los profundos arenales de este desierto. Por fin llegamos más muertas que vivas á Dörsten. Supe aquí que el camino pasado era de perlas para el que me quedaba hasta Münster. Aquí fué mi angustia. ¿Qué había que hacer? tomar otro mayoral, sin tener quien me lo recomendara, me repugnaba más que los peligros del camino. Por fin me resolví con firmeza á lo que me habia propuesto desde luego: *confiar en Dios*, y abandonarme á los eventos, con fé, de que *ninguno es hijo del acaso*.

“Salimos temprano de Dörsten, y hasta llegar á Dülmen á las nueve de la mañana, aunque nos metimos en agujeros y lodazales hasta las cinchas de los caballos, no desmayé. Pero el maestro de postas en Dülmen me aseguró que era imposible seguir con solo dos caballos; yo entonces le pedí un par de ellos, y me dijo que no tenia, y casi me lo persuadió cuando dió la misma respuesta á dos carruajes que venian de Hamburgo con un coronel y varios oficiales franceses, que tuvieron que seguir en los mismos que los habian traído desde la otra posta. Yo no sabia qué hacer, hasta que viniéndome á la cabeza lo mucho que estas gentes aborrecen á los franceses por lo mal que éstos los tratan, y por lo poco que les pagan; y que á mí me podrian tomar por francesa, tanto por el mayoral que lo era, como por no saber yo el aleman; fuí, y trabé conversacion con el maestro de posta, habléle de mi patria, de lo mucho

que odiábamos á los franceses, etc., etc.; el resultado fué que me dió cuatro famosos caballos, un buen postillon y una carta de recomendacion para el otro maestro de posta. Seguimos pues, viniendo mi mayoral caballero sobre uno de sus caballos, y llevando el otro de mano, pues solo los caballos hechos á atravesar este dichoso camino, podrian haber tirado del carruaje, por medio de unos barrancos y lodazales increíbles. En todos tiempos ha sido malísimo este camino, pero ahora se hace casi intransitable, por habérsele quitado ciertos maderos, que en parte lo sostenian, para fábrica de un nuevo arrecife que se está haciendo por órden del omnipotente corso. Con hartos trabajos y sudores de los pobres animales, llegamos por fin á la otra posta, en la que apenas presenté mi carta, me dieron otros cuatro caballos, sin siquiera hacerme salir del coche, cosa maravillosa en Alemania; y lo cito en gloria del nombre español, pues que aún no habia dado de beber al postillon, y todo lo debía á mi conversacion patriótica en Dülmen. Este estuvo muy contento, y sin duda influyó en que el otro nos trajese con todo cuidado á Münster, y nos metiese en la mejor posada. Esta ciudad es grande y hermosa, pero al parecer poco poblada y triste. Mañana llegaremos á Osnabruck, en donde espero hallarme con mi marido.,,

“Gorslow, 20 Agosto 1812. No hablaré del gozo que tuvimos al encontrarnos con mi marido y mi hijo en Osnabruck.—Aun el cielo parecia anunciarlo.—El dia amaneció hermoso; y el aire de la tarde se hizo tan suave, tan puro; el sol rociaba los campos con una luz tan dorada, y teñia de tan bellos colores los ténues celages, que mis chi-

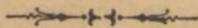
quillos decían: “Mamá, hasta el cielo se alegra de que veamos á papá,, y este bello cielo lo tuvimos hasta llegar á Gorslow el día 14.

„¡Cómo descansa mi corazon, hallándome sosegada en el seno de mi familia, despues de haber pasado tantos trabajos y sinsabores!! „





El Padre Cárdenas



Estando ocupado en arreglar la biblioteca de Fernan Caballero por deseo de sus sobrinos carnales, la excelentísima Sra. Marquesa de S. y el Sr. Osborne, que ya tambien está con Dios, dí con un caso curiosísimo, acontecido en España como no lo referirá más interesante nuestro célebre D. José Gorres en su famosa "Mística". Es este hecho la conversion del despues Fraile Capuchino P. Cárdenas. Se relata en la academia biográfico-mariana "*Poesías religiosas y sermones de D. Gaspar Bono Serrano, Madrid 1868, pág. 321:*" "*La Conversion de un libertino*" que es la del Padre citado, "*acaecida casi en nuestros dias.*"

"El Excmo. Sr. D. Angel Saavedra, Duque de Rivas, y otros ancianos que hace poco existian, conocieron y

trataron al Religioso Cárdenas, y oyeron asombrados de su boca la relacion siguiente:

“En los últimos años de su vida la madre de Cárdenas, todavía niño, ciñóle el escapulario del Cármén, y le encargó con lágrimas en los ojos, que no se despojase nunca de aquel distintivo de los devotos de la Virgen María, y sobre todo, que implorase su proteccion todos los días de su vida.—Así lo prometió el jóven y así lo cumplió algunos años, es decir, hasta que asociado á otros de su edad, que tal vez no habian recibido tan cristiana educacion, olvidó en gran parte el piadoso encargo de su madre moribunda; pero no le fué posible ólvidarle del todo, puesto que conservó con algun respeto el escapulario, y cuando por casualidad veía la santa imágen de la Vírgen, rezaba el Ave María ó la Salve en recuerdo de su buena Madre.

Creciendo en años Cárdenas fué guardia de corps de Carlos IV. Pocos años despues ingresó el Duque de Rivas en este mismo cuerpo, tratándose ambos familiarmente. El ilustre escritor nos ha contado más de una vez, á sus dignos hijos y á varios de sus amigos y entre otros al excellentísimo Sr. Brigadier D. Juan Guillen Buzarán, bien conocido en la república de las letras, la asombrosa mudanza de vida de Cárdenas, cuando menos era de esperarse que entrára dentro de sí mismo *para meditar en los años eternos*, segun la frase de la Santa Escritura, y abrazára el estado religioso, en el que hasta los postreros años de su ancianidad venerable no se entregó á las austeridades de la más áspera penitencia, llorando amargamente los pecados y estravíos de su desenfrenada mocedad.

En las altas horas de una noche de invierno, nieve, tempestad, relámpagos y truenos, cuando nadie andaba por las calles, Cárdenas se dirigía de uniforme á su posada por la calle de Alcalá; oyó pasos á su espalda y volviendo la cara indeliberadamente, vió á la luz del relámpago una mujer de deslumbrante hermosura y lujosamente ataviada, que le *saludó por su nombre* y apoyándose en su brazo concluyó por manifestarle que lo andaba buscando por toda la coronada villa para convidarlo á cenar. No era Cárdenas hombre de cortarse y sorprenderse con tales encuentros, si bien extrañó no poco, que aquella mujer, *desconocida para él enteramente, siguiera sus huellas á tales horas y en noche tan horrible y tempestuosa.*

Llegaron á la calle del Caballero de Gracia, y á pocos pasos se paró la mujer á la puerta de una casa grande y de vetusta fachada, sacó una llave de no escasas dimensiones y la metió en la cerradura para abrir. Cárdenas le preguntó, no sin alguna sorpresa, la causa de no haber llamado con el aldabon para que abriese el portero. Ella contestó con sencillez y coqueteria, que por la mañana se habian desmandado sus ingratos sirvientes, á pesar de darles muy buen salario y de tratarlos con la bondad de una madre, por lo que indignada los habia despedido á todos. Iluminada la escalera con magníficos candelabros, y adornada con ricas alfombras y macetas, flores raras y aromáticas y mirando á plena luz á su improvisada amiga, descubrió la hermosura más perfecta, que hasta entonces habian contemplado sus ojos. Un reloj de pared de maravillosa estructura tocaba una música armoniosa de dulcísimo sonido; colgaduras de seda, espejos, estátuas, pinturas

y los demás muebles todos de aquella casa, eran de magnificencia suma y gusto esquisito. En la sala de comer, pebetes aromatzaban la estancia; la chimenea ardía con un fuego consolador en aquella noche glacial; en medio una mesa con dos cubiertos y dos magníficos sillones esperando á solas dos personas; esquisitos manjares y vinos.

Antes de sentarse en la mesa, Cárdenas se quitó la espada que llevaba ceñida colocándola en un ángulo de la sala. "Cuidado con ese noble acero, señor militar," dijo sonriendo aquella mujer, "cuidado con ese noble acero, porque se lo vá Vd. á dejar *olvidado* en un rincón *como trasto inútil*. Y en verdad que no es muy honroso para un guardia tan pundonoroso y bizarro como el caballero Cárdenas, dejarse olvidadas las armas como un pobre recluta de tierra de Campos. Pero no importa, Vd. volverá á mi casa y recogerá su espada sin que nadie la haya tocado."

Recordando estas fatídicas palabras al levantarse de la mesa para irse á acostar, tuvo Cárdenas la advertencia de recojerla y dejarla junto á la cabecera de la suntuosa cama. Mas al despertarse y mirando el reloj, vió que solo faltaban veinte minutos para las siete, hora en que entraba de guardia aquel día. Saltó de la cama; vistióse á escape y al despedirse de la jóven asegúrole ésta, que no llegaría tarde á palacio. Tal fué su precipitacion, que acabó de abrocharse la casaca en la calle, andando á la carrera.

Á poco rato advirtió con furor y asombro, que la espada de ceñir se le habia quedado *olvidada*.

Mas calculando que si volvía por ella, ya llegaría tarde á su obligacion, prefirió como hombre cuerdo el menor inconveniente, esperando, que tal vez el jefe, que cabal-

mente era muy corto de vista, no echaría de ver que se presentaba desarmado, y pidiendo despues la espada á un compañero de los que salian de servicio, salvaba la dificultad y quedaba impune.

Redoblando más y más su ya acelerado paso, llegó á palacio sin aliento en el momento mismo que iba á verificarse el relevo.

Despues refirió la rara aventura con el mayor cinismo á sus compañeros, que lo tomaron á broma, atribuyendo á jactancia y exageracion los entusiastas elogios, que C. hacía de su huésped. Dos, empero, de sus más íntimos amigos, sin dejar de dudar de la verdad de sus palabras, quisieron acompañarle al dia siguiente, cuando al salir de guardia, volvió á la calle del Caballero de Gracia á recoger su espada y ver de nuevo á la misteriosa belleza.

Nadie respondió, aunque repitieron y redoblaron los golpes con el aldabon de hierro en la puerta de aquella casa. Entonces se asomó al balcon de la casa de enfrente un caballero anciano, y les manifestó con urbanidad, que no se molestasen en llamar, porque aquella casa estaba deshabitada hacía muchos años. Replicó C. que mal podía estar sin habitar aquella casa, cuando habia cenado en ella hacía dos noches. El vecino de la nevada cabellera se encogió de hombros y sin responder una palabra se quitó del balcon. Pero al momento lo vieron salir por la puerta de su casa con una llave en la mano. Acercándose hácia los tres guardias, dijo á Cárdenas con gravedad:

“Señor mio, esta casa, en cuya puerta ha llamado usted más de una vez, sin que nadie haya respondido, es la que llaman vulgarmente en estos barrios *la casa del duen-*

de. Pertenece á un amigo mio, que me entregó las llaves por si alguien quiere verla y alquilarla. Hace muchos años que en ella no hay inquilinos. Los últimos al dejarla, aseguraron formalmente, que en varias habitaciones se oía con frecuencia un extraño y temeroso ruido en las altas horas de la noche. Desde entonces nadie, absolutamente nadie, ha entrado en esta casa, al menos por la puerta y abriendo con esta llave que tengo en la mano. Si por balcones y ventanas ha penetrado alguien, lo ignoro, y además no lo tengo por verosímil. Soy enemigo de disputas que á nada conducen. Tomen Vds. la llave, entren y registren la casa todo el tiempo que gusten. De seguro no hallarán otra cosa que polvo y telarañas, pulgas y otros bichos. Yo me retiro con permiso de Vds. Háganme el favor de devolverme la llave cuando acaben de ver la casa.“

Dicho lo cual les volvió la espalda el buen viejo y se entró en la suya sin aguardar la contestacion, que el irritado C. se disponia á darle.

Los tres entraron en la casa llenos de curiosidad y de impaciencia, sin hacer caso del duende y burlándose de la credulidad del viejo.

Así que comenzaron á subir la escalera, que estaba efectivamente cubierta con *un dedo de polvo*, vieron *impresas en él huellas de planta humana*; pero muy diferentes y desiguales, las *unas* como formadas por un *pie muy pequeño de mujer*, y las otras por las *botas de un hombre*. Este primer encuentro les dió *no poco en qué pensar á todos*. La casa lejos de estar amueblada y embellecida con el gusto y magnificencia que tanto habia ponderado C., presentaba á la vista la completa desnudez y repugnante desaseo y

abandono de todo edificio deshabitado hace mucho tiempo. Ni aun clavos aparecían en sus polvorientas paredes. Recorriendo las habitaciones encontraron la espada colocada en el mismo sitio en que Cárdenas la había dejado, si bien *rodeada de telarañas*. Ante aquel acero, testigo elocuente, aunque mudo, de su libertinaje y olvido de Dios, Cárdenas, tocado sin duda por la divina gracia, hizo un nervioso y brusco movimiento, y quedó pálido y desencajado como un cadáver.

Desde aquel momento, el carácter jovial, bullicioso y atolondrado del guardia libertino cambió de tal manera, que asombró á todos. Apenas hablaba una palabra. Andaba siempre muy sombrío y meditabundo. A las pesadas y crueles chanzonetas y repetidas preguntas de sus camaradas sobre el referido suceso, levantaba humildemente sus ojos al cielo, los fijaba despues en tierra, y le asomaba alguna mal reprimida lágrima de arrepentimiento. Así vivió algun tiempo todavía con sus compañeros de armas, hasta que un día obtenida la competente Real licencia, desapareció de repente de la sociedad y del cuerpo de Guardias de la real persona.

Años despues se supo, que se había retirado al convento de la Paciencia de esta córte donde había tomado el hábito de capuchino. Allí vivió hasta una edad muy avanzada y despues de ser con sus ejemplarísimas virtudes modeló de religiosos y la edificación del siglo, el que tanto había escandalizado con sus desórdenes, murió santamente en el ósculo del Señor.

Esta pequeña y edificante historia la refirió más de una vez el formal y respetable procer, el Duque de Rivas,

que la habia oido al mismo Cárdenas, su antiguo compañero de armas.

Á los que se burlan me contentaré con decir, que *la risa es no pocas veces la razon de los mentecatos*, como afirma Juan Jacobo Rousseau, cuya autoridad para los incrédulos es de tanto peso.

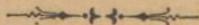
Á los que dicen, que fué una ilusion de la fantasía acalorada y ardiente del jóven guardia: "*Dichosas ilusiones, repetiré yo aquí con el inmortal Balmes, que producen tan provechosas y admirables realidades.*"

Sin entrar en discusion, ni mucho menos decidir sobre el verdadero carácter del suceso aquí referido, publicamos este relato, tanto por el desenlace moral y edificante que encierra, como asimismo por la reconocida autoridad y respetable crédito de los personajes que nos lo han trasmitido. La prudencia nos ha aconsejado omitir algunos detalles que no afectan á lo esencial del hecho, ni mucho menos lo privan del interés que ofrece para todo lector creyente y piadoso. *Nota del Censor.*





MISERERE



Memento homo quia pulvis es
et in pulverem reverteris.
Miércoles de Ceniza.

Mira que te mira Dios,
Mira que te está mirando
Mira que te has de morir
Y no sabes cómo ni cuando. (1)

La seda que ufano vistes
Obra de gusanos es,
Ellos te visten y ellos
Te desnudarán también.

Coplas populares.

Nunca me sorprendió el leer en la vida del célebre D. Miguel de Mañara, de santa y bendita memoria, que viese, no recuerdo si en la Catedral de Sevilla, en otra Iglesia de la Reina del Guadalquivir, ó en la calle, (2) sus propios funerales y entierro, medio del cual Dios en su infinita misericordia se dignó de valerse para convertir en arrepentido y buen cristiano al pecador, que, según algunos

(1) Otros: mira que no sabes cuando.

(2) El hecho de esta vision unos lo niegan y otros lo afirman.

opinan, sirvió de prototipo para la malvada y terrible personalidad de D. Juan Tenorio, como á Campe sirvió don Juan Böhl de Faber, padre de Fernan Caballero, de modelo para el inocente Robinson, (1)

Una vision extraña de un entierro tuvieron mi abuela paterna y su doncella, siendo la primera de 18 años. Un día me lo refirió aquella señora, cuando tenía ya los 80, distinguiéndose todavía á esta edad por su clara inteligencia, su memoria y el vivo interés que acostumbraba aún tomar en los acontecimientos religiosos, históricos y políticos de más ó ménos trascendencia. Cuando concluyó de centarme lo que sigue, pronunció las palabras: "Todavía lo veo, Augusto, como si hubiera sucedido hoy."

Esta señora era la hija del Consejero Aulico de St. ... en J.... y al anciano caballero le gustaba de que aquella, acabada la cena, le leyese buenos libros y escritos. Habiéndose efectuado así un día la lectura, que á menudo se prolongaba hasta la media noche, quedóse el buen señor tan profundamente dormido, que apesar de haber dado las doce ó la una, al ver aquel apacible sueño, la adolescente no se atrevió á despertarlo y aguardaba con paciencia que por sí mismo abriera los ojos.

De repente suena en la calle el majestuoso: "MISERERE", cuyo solemne canto en aquella comarca suele acompañar á los entierros.

Mas como allí se hacen estos de *dia*, y ni siquiera la jóven sabia de algun enfermo ó muerto en la villa, se sobrecojió de terror, pero dominándose y de quedo, para

(1) Aquella misma ilustre escritora me lo aseguró.

no molestar al padre dormido, se deslizó de la habitación y fué en busca de su leal doncella, que siempre la aguardaba hasta que se concluía la lectura de su señorita.

Encuentra á su criada en igual estado de ánimo y de duda que ella misma, pues las dos oían clara y distintamente el conmovedor salmo.

Ambas se dirigen entonces á la gran sala, cuyos balcones daban á la calle, y ven por sus propios ojos pasar un entierro, como de persona principal.

Todos los sacerdotes y las personas todas del numerosísimo acompañamiento les son harto conocidas, y ellas se estremecen y principian á orar y clamar á Dios sin saber qué pensar, ni poderse explicar el triste é imponente espectáculo, que á su atónita vista se presenta.

Y siempre suena fatídico y lúgubre: Miserere... Miserere...

Poco tiempo despues muere de inesperada manera la primogénita de una ilustre familia en la flor de su vida, y llevan sus restos mortales al Campo Santo, y pasa por delante de aquellos balcones y por aquella calle el clero y el duelo, individuo por individuo, en la misma forma y en el mismo orden, con que ambas á dos, la dama y su fiel sirvienta, temblando lo habian visto en aquella inolvidable madrugada. Miserere!... Miserere!...

El bisabuelo, luengos años ha, trocó el dulce y reparador sueño de la ancha y cómoda poltrona de su salon por el frio, grave y pacífico de la estrecha tumba, para despertar en las moradas eternas de los sueños y ensueños de la mísera vida á la realidad de las verdades divinas.

“¡Tierra de la verdad!” así dice el pueblo andaluz

La abuela de mi alma, que tanto me quería, también murió hace mucho tiempo; y cuando su hijo Guarnero Adolfo, que solía decirle: "Mamá, Vd. cumplirá los cien años", llegó á todo el correr de su caballo, para recibir su bendición y recoger su último suspiro al lado de los demás hermanos, ella luego que se hubo aproximado á la cabecera del lecho mortuario, lo miró y le dijo:

"¡Guarnero... cien años!"

Ya murió también este su hijo, mi padre, y los otros hermanos, y murió la buena de la doncella, y pronto morirá el nieto, que estas líneas escribe, y pronto morirán los que las leyeran, muy pronto, aunque llegásemos á la longevidad de ochenta, noventa ó cien años. Miserere... Miserere...

Acuérdate pues, amado lector ó lectora, acuérdate, sí, de que pronto, ¡ay cuán pronto! á tí y á mí nos cantarán el *Dies irae dies illa* y que clamaremos delante del Juez Supremo: *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam...*

En AQUEL DIA ¡Dios de piedad, Cristo del Perdon... Miserere!

En Tu tremendo Juicio... ¡Miserere!





NOTA

Conocida es, sea historia ó leyenda, la vision del infeliz Rey Gustavo de Suecia. Vió al volver una noche á palacio, que habia luces en un departamento, que entonces no se habitaba.

Se dirige allí seguido de uno ó más de sus fieles cortesanos ó servidores. Entran, y en la puerta del gran salon se paran atónitos, pues á sus ojos se presenta en plena y muda sesion el Tribunal Supremo. Delante de él está como acusado y reo de muerte el Conde de Ankarström. Llegan aquellos en el momento de hacerse pedazos el escudo de armas del citado prócer y de romper el Presidente la vara sobre la cabeza del Conde en señal de infamia y de condena á vil cadalso.

Al momento desaparece la fatídica y fatal vision y todo queda á oscuras.

Conjuran al Rey, mande prender al conde; no lo ha-

ce, y días despues Ankarström asesina alevosamente á su soberano, y es ajusticiado.

Hay visiones de lo pasado, de lo presente á distancia, y de lo porvenir. Pueden ser naturales ó sobrenaturales; cuestion de excitacion nerviosa, de estado morbozo, de médicos; pero tambien á veces podrian serlo de exorcistas. Puesto que las sobrenaturales ó son de Dios ó del infierno. Si vienen de Dios ó de sus Profetas, Santos y Angeles, son verídicas; si vienen de los espíritus de las tinieblas son falaces.

El demonio ignora lo futuro, porque ni sabe las decisiones del libre albedrío humano, ni conoce la voluntad divina.

San Pio V cuando manifestó la gloriosa victoria de Lepanto fué inspirado por el cielo. Así tambien Catalina de Emmerich en sus vidas de Jesus y Maria, libros favoritos del inolvidable y sábio sacerdote guatemalteco D. Antonio Ortiz Urruela, y apreciados en todo el mundo católico.

En vano habia tratado el Dr. Wesener, pidiendo al gobierno como *houra* de presidir la comision, de quitar las llagas *ficticias* á la pretendida *embustera*, á lo cual se habia comprometido dentro de brevísimo tiempo. El resultado, despues de un minucioso exámen de las llagas y de la constitucion fisiológica y moral de Catalina, fué la conversion del mal católico en ferviente hijo de la Iglesia. Escribió sobre la Emmerich, y se dice, que mandó que se aguardára cincuenta años despues de su muerte para imprimirlo.

Las visiones, sugeriones é inspiraciones de los Espi-

ritistas, magnetizados, ó del hipnotismo, vienen de Satanás en todos los casos que no se expliquen por las fuerzas naturales. También en esto hay mucho charlatan embaucador y mucho crédulo ignorante.

Bastante curioso es el siguiente caso de clara vista en una enferma. El Abad de San Benito era tío del difunto y doctísimo Padre Dr. D. Francisco Mateos Gago, y éste era confesor de una dama principal de Sevilla. El caballero esposo de ésta me dijo á mí mismo y me autorizó para publicar el hecho, sin manifestar los nombres del matrimonio. En un estado enfermizo de histerismo, de repente su señora principió á hablar, creó durante unas tres horas y con intervalos:

“¡Ay! el Abad de San Benito..... está muy malo..... gravísimo..... D. Francisco lo está asistiendo.. .. ¡ay! el Abad se está muriendo..... el P. Gago le encomienda el alma..... ¡ay! está agonizando..... que se muere..... ya ha muerto..... D. Francisco le está..... amortajando.....

El esposo atónito, despues que enmudeció su mujer, acude á casa del Padre Gago y lo primero que encuentra es la puerta medio cerrada y en frente el cadáver del Abad.

El siguiente caso *raro*, pero que puede tener explicacion *natural*, aconteció en el Castillo de L. de los Barones B..... W... en Westfalia. El que así lo manifestó fué el Rvdo. Sr. Dr. D. Bernardo N., en aquel entonces Capellan de la casa. Yacia enfermo de gravedad uno de los jóvenes barones en su lecho, cuando en el momento ménos pensado de repente y precisando con exactitud el sitio de la habitacion, dijo á los que rodeaban su cama: “Allí me he visto á mí mismo tendido cadáver.” Unos lo creerían acha-

que calenturiento, otros estremeciéndose lo tomarían por el lado más grave, *todos* trataron de disuadirselo como ilusion vana y engaño de la imaginacion enfermiza; empero insistió y poco depues le llamó Dios y le visitó el Angel de la muerte.

Entonces los fieles servidores se afanaron para que *no se pusiesen* sus mortales restos en donde el moribundo habia prefijado, y buscan largo tiempo y en vano ahí y allá en el cuarto, otro lugar conveniente para depositar por de pronto el cadáver. Sorprende á los sirvientes en esta faena un tío del adolescente, militar enérgico y de todos temido, que no admitía jamás la menor réplica, y á cuyos mandatos nunca nadie se atrevia á contradecir: "Aquí, aquí, no veis que es lo único posible tenderlo aquí, es lo más apropiado."

Se cumplió temblando la orden y se cumplió la vision y profecía del adolescente; era precisamente donde él habia predicho.

A la nota del cuaderno 2.º páginas 58 y 59 hay que añadir, que el más ilustre Español inmigrado en Francia, si tiene razon el docto Rector de la Universidad de Zaragoza, H. F., es San Vicente de Paul; que Portugal dió á España á San Juan de Dios, y que el distinguido escritor D. Eugenio Hartzenbusch por línea paterna es descendiente de una familia de Colonia en Alemania.

